

## UN ASALTO "QUE NOS UNE EN FRATERNIDAD". UNA LECTURA DE HECHOS DE LOS APÓSTOLES 9,1-19

Carlos Luis Suárez Codorniu, SCJ\*

**Abstract:**

*Reading the episode of Acts 9, the author underlines some stages that occur during the transformation process that Saul of Tarsus lives in light of the Word and in his encounter with the community of Damascus. Considering the surprise factor ("suddenly") of the divine intervention ("from heaven") other Lucan texts are mentioned where certain similarities can be traced to what was experienced by Paul.*

**Keywords:**

*Paul, Luke, Acts of the Apostles, Conversion, Transformation, Pauline Theology, Damascus.*

La lluvia es previsible en las tardes del invierno tropical, y con ella el colapso del tráfico, mal de Caracas y de tantas otras ciudades. La lluvia lo complica todo. En las filas largas y lentas de vehículos que saturan las vías se deja mucho tiempo. A veces cabe alguna distracción para aminorar el desaliento, como la radio con algo de música. En el automóvil que me desplazo, sin embargo, de la radio no queda más que unos cables coloridos desde que un ladronzuelo se la llevó. Sin radio, con frecuencia sin la reconfortante presencia de compañeros, además con las ventanas cerradas, y no solo por la lluvia, sino por la cándida precaución de un eventual asalto, el viaje se torna verdaderamente pesante. Las miradas entre conductores, los gestos y las palabras, con frecuencia se vuelven desafiantes y agresivas en la penosa marcha hacia el destino de cada quien. Cientos de carros juntos, incluso en la misma dirección, pero tan aislados unos de otros como burbujas metálicas. Esta

\* El P. Carlos Luis Suárez, scj, religioso de la congregación de los Sacerdotes del Corazón de Jesús. Nacido en las Islas Canarias en 1965, es licenciado en Ciencias Bíblicas y doctor en Teología. Ha ejercido la docencia en el área bíblica en la India y en Venezuela, donde ha dado diversas materias bíblicas y dirigido el programa de Postgrado de la UCAB. Actualmente es el Rector del ITER Decano de la Facultad de Teología de la Universidad Católica Andrés Bello. Email: pcarlosluis@gmail.com

imagen urbana puede resultar familiar a quien lea estas líneas. Pero el interés de ellas no es, ni mucho menos, divagar más sobre el tráfico, que ya incomoda bastante en lo cotidiano, sino reflexionar sobre un camino, el de la Palabra, y un caminante, Saulo de Tarso. Via y vida entrelazadas ensanchando horizontes.

Pablo fue hombre de caminos. Los suyos, como los de cualquier tiempo y lugar, no estuvieron exentos de sorpresas, emociones y peligros. Pero de todos los que pudo recorrer, ninguno tan decisivo como aquel que emprendió un día desde Jerusalén hacia Damasco (Hch 9,1-19). Un viaje que le cambió la vida – ¡y de qué manera! – llevándolo a un destino insospechado, la fraternidad, etapa previa y punto de arranque a todo destino posterior de su quehacer al servicio del Evangelio. Quien lo desee podrá conseguir sin mucha dificultad informaciones detalladas de las rutas y medios de desplazamiento de aquella época, incluso de los riesgos que les eran propios, como los asaltos, entre otros. ¡Los asaltos! Con tanta ida y venida, ¿sería acaso Saulo de Tarso víctima de alguno de ellos? Cabe pensar que sí, y precisamente en el itinerario apenas mencionado. ¿Quién asalta? ¿Qué botín se logra? ¿Cómo reacciona el asaltado? ¿Tuvo secuelas? Sirvan estas interrogantes preliminares para adentrar la propia mirada en el camino y en el caminante.

## ASALTADO DESDE LO ALTO

En los tiempos de Pablo, efectivamente, no eran extraños los asaltos en los caminos. Los malhechores, como los de todo tiempo y lugar, sirviéndose del factor sorpresa y de algún argumento de violencia, lograban muchas veces salir airosos y con buen botín de sus fechorías. A la luz de Hch 9 puede decirse que Saulo fue asaltado, ¿pero de qué manera? ¿Quién lo asalta? Una primera pista de lo allí sucedido es la posición de partida del asaltante. Interviene desde los alto, «desde el cielo» (*ek toû ouranoû*): «una luz que venía del cielo lo envolvió de improviso» (9,3; cf. 22,6). Este modus operandi acontece en el libro de los Hechos en otras tres ocasiones: la primera en el episodio de Pentecostés: «de repente vino del cielo (*ek toû ouranoû*) un ruido, como de viento huracanado» (2,2a); las otras dos en el episodio de la conversión de Pedro:

*Estaba orando en Jafa, cuando tuve una visión en éxtasis: un objeto, como un mantel enorme, se descolgaba por las cuatro puntas desde el cielo (*ek toû ouranoû*) y llegaba hasta mí [...]. Por segunda vez me habló la voz desde el cielo (*ek toû ouranoû*): lo que Dios declara puro, tú no lo declares impuro (11,5.9).*

La vida de quienes se ven asaltados desde lo alto – la comunidad, Saulo y Pedro – adquiere un protagonismo paradigmático en el conjunto de Hch. Todos ellos, a partir de ese momento, irán viviendo una profunda transformación de sus vidas, no sin dificultades, en una docilidad creciente a lo que viene de lo alto, lo que en concreto se irá traduciendo en un progresivo mayor compromiso en la causa de Jesús, eso sí, no sin tropiezos y torpezas tanto propias como ajenas. Todavía, al menos en cuanto a la comunidad y a Saulo se refiere, cabe destacar otro elemento común en el tipo de asalto que sufren: lo imprevisto, lo repentino de la intervención *desde lo alto*. En el caso de Pedro, sin embargo, este elemento se omite en Hch 11, posiblemente por haberse indicado previamente en el momento de Pentecostés (cf. 2,14). El texto griego expresa este dato de lo repentino del asalto con dos adverbios emparentados (*áfnō* y *eksaífnēs*). Así, en el momento de Pentecostés: «*de repente (áfnō) vino del cielo...*» (2,2); en el camino de Saulo, por su parte: «*una luz que venía del cielo lo envolvió de improviso (eksaífnēs)*» (9,3; cf. 22,6).

De notar que en la obra lucana (Lc – Hch) el segundo de estos adverbios conoce otros dos empleos muy significativos. El primero en la escena de la anunciación a los pastores: «*Y junto con el ángel, apareció de pronto (eksaífnēs) una multitud del ejército celestial que alababa a Dios*» (Lc 2,13); el segundo, en el relato del joven poseído: «*un espíritu lo agarra, de repente (eksaífnēs) comienza a gritar y lo sacude con violencia*» (9,39). En todos estos episodios, llama la atención la reacción posterior de quienes se relacionan con las personas que han sido asaltadas. Tanto de cara a los pastores como al joven poseído, ambos en el evangelio de Lucas, como de cara a la comunidad y a Saulo en el caso de Hechos, quienes tienen contacto con ellos acaban mostrando sorpresa y admiración:

- «*Todos los que lo oyeron se asombraban (edsaímason) de lo que contaban los pastores*» (Lc 2,18).
- «*Y todos se maravillaban de la grandeza de Dios. Como todos se admiraban (thaumadsónton) de lo que hacía...*» (9,43)
- «*(una multitud) fuera de sí y asombrada (edsaímason)..., perpleja*» (Hch 2,7.12)-
- «*todos los oyentes comentaban fuera de sí (eksistanto)...*» (9,21)

Quienes oyen o ven a quienes son “asaltados” acaban quedando estupefactos por lo que de ellos escuchan o por aquello que les ha sucedido. De hecho, los pastores, movidos por el mensaje que se les confía, salen de su aislamiento y marginalidad para contemplar, compartir y alabar a Dios por todo lo que les ha

sido anunciado: el joven, liberado por la palabra de Jesús, es reintegrado y acogido en su condición plena de hijo; la comunidad, por la acción del Espíritu, pregona en diversidad de lenguas las maravillas de Dios; Saulo, por su parte, confiesa en las sinagogas a Jesús como Hijo de Dios. Todo esto lo perciben los testigos de las diversas escenas señaladas como algo que les rompe esquemas y que apunta, decididamente, hacia una acción prodigiosa de Dios. En los episodios individuales, además – es el caso del joven de Lc y el de Saulo en Hch – la palabra de Jesús ha sido determinante en el cambio acontecido. Toca ahora centrar la atención en este último, en Saulo.

## LLAMADO POR SU NOMBRE

Lo primero que hace la voz con el caminante postrado es llamarlo por su nombre: «¡Saulo, Saulo!» (9,3). Por el modo insistente en que irrumpe, la voz busca, exige, una atención total del oyente. La Sagrada Escritura ofrece diversos episodios donde el vocativo repetido del nombre marca o propone el inicio de un cambio de vida. Entre otros, el llamado a Jacob en su ancianidad para emprender una nueva ruta nunca antes pensada por él: «¡Jacob, Jacob! Respondió: Aquí estoy. Le dijo: Yo soy Dios, el Dios de tu padre. No temas bajar a Egipto» (Gn 46,2); a edad más temprana, la llamada al joven Samuel – «¡Samuel, Samuel!» (1Sm 3,4.10) –, que necesitará de la ayuda de Elí para hacer discernir y descubrir de manera correcta al autor de la llamada; en los evangelios, por ejemplo, y en boca de Jesús, el llamado que este hace a la hermana de María: «¡Marta, Marta!» (Lc 10,41), invitada a redimensionar su relación con el Maestro y con su propia hermana. Volviendo a Saulo, no hay dudas, quien habla lo conoce. Tiene un interés por aquel a quien está llamando. La voz, como quien acecha, tan solo esperaba un momento oportuno para intervenir. Saulo no resulta así víctima de un asalto fortuito, sino de un hecho aparentemente planeado, deseado. Quien lo llama no solo lo conoce, sino que sabe con precisión a qué se dedica. La llamada encierra algo de reclamo. Es la manera de empezar a descentrar de sí mismo a quien camina aferrado únicamente a la intolerancia y a la violencia. Saulo está una posición crítica. Está por tierra, es vulnerable. Pero esa postración, más que una mortífera amenaza para su vida, presagia un nuevo punto de partida, humilde, desde el suelo. Como la tierra que puede ser trabajada, moldeada como la arcilla, la vida de Saulo puede rehacerse. La escena de su cuerpo caído, iluminado en su ceguera por la luz que lo rodea, permite evocar uno de aquellos momentos de la acción transformadora y reivindicativa de Dios que Israel atesora:

*Y ahora así dice el Señor,  
El que te creó, Jacob;  
El que te formó Israel:  
No temas que te he redimido,  
Te he llamado por tu nombre,  
Tú eres mío (Is 43,1)*

## CUESTIONADO POR LA PALABRA

Junto al reconocimiento de su identidad, la palabra que Saulo oye va acompañada de un decidido cuestionamiento, prácticamente una acusación: «¿Por qué me persigues?» (Hch 9,4). Es una pregunta que recuerda y actualiza aquellas de los relatos iniciales de la Escritura: «¿dónde estás?» (Gn 3,9); «¿qué has hecho?» (v. 13); «¿dónde está tu hermano?» (4,9). Son cuestiones que buscan del oyente la asunción de su responsabilidad ante el modo de proceder. Sin verdad, sin una clara conciencia del porqué se actúa de determinada manera, resulta imposible llevar adelante un proceso de auténtico crecimiento. En el caso de Saulo, el interés recae en su condición de perseguidor. Esta característica, paradójicamente, nunca dejará de acompañarle. Es más, la acaba implicando totalmente en su ministerio del Evangelio y de las comunidades. Pablo, perseguidor del camino (cf. Hch 22,4) y de la Iglesia de Dios (cf. 1Cor 15,9), sin ninguna reserva – y porque la Palabra esclareció su propia vida –, asume y entiende quién ha sido, quién es y qué está llamado a ser. Nunca dejó de ser un perseguidor, es más anhela que otros lo sean. Perseguidores, sí, ¿pero de qué?»: «Persigan el amor, y aspiren a los dones espirituales» (1Cor 14, 1); «persigo la meta, el premio al cual me llamó Dios» (Fil 3,14); «persigamos lo que fomenta la paz mutua y es constructivo» (Rom 14,19); «persigan siempre el bien entre ustedes y con todo el mundo» (1Tes 5,15); «persigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la humildad» (1Tim 6,11). Para las comunidades no pasó desapercibida esta manera de ser de Pablo: «el que antes nos perseguía ahora anuncia la Buena Noticia de la fe que en otro tiempo intentaba destruir» (Gal 1, 23).

1 Aunque el verbo griego *diōkō* permite diversos matices en su traducción («procurar»; «buscar»; «seguir»; «correr detrás»), opto por mantenerlo en todos los casos citados donde es empleado con el sentido de «perseguir» para evidenciar así el concepto en los textos en los que Pablo lo emplea.

## EN DIÁLOGO CON LA PALABRA

La voz que Saulo oye, lejos de provocar en él un temor paralizante, lo lleva al inicio de un diálogo. «¿Quién eres, Señor?» (Hch 9,5). Con esta pregunta – que en sí misma reconoce la superioridad de quien ha preguntado primero (Señor) –, Saulo inicia su discipulado. No da respuesta explícita a la denuncia concreta que la voz le hace. Prefiere anteponer su interés por la voz que le habla, adentrarse en el misterio que lo ha desmoronado. ¿No significa acaso empezar a dejar atrás todo lo anterior? En el evangelio de Juan, en las apariciones de Jesús resucitado, los discípulos no preguntan quién es, porque ya sabían que era Él: «ninguno de los discípulos se atrevió a preguntarle quién era, porque sabían que era el Señor» (Jn 21,12). En el mismo evangelio, aquellos que preguntan por la identidad de Jesús son los que no lo conocen, como los judíos: «¿Tú quién eres?» (Jn 8,25). A la luz de la respuesta algunos creerán en Él, otros no (cf. v. 30). Para Saulo, la pregunta que le ha sido dirigida se ha convertido en un estímulo certero que le lleva a preguntar por la identidad de quien le llama. Quiere saber, porque sabiendo, conociendo al otro, a aquel que le ha hablado primero, aprenderá de sí mismo. Solo entonces será capaz de dar razón de sí, de su vida, de su proceder, intuyendo que su propio misterio, su aparente sinrazón, quedará iluminada únicamente desde aquel que lo ha cuestionado.

## COMPROMETIDO POR LA PALABRA

La voz acoge la inquietud de Saulo. Acepta el diálogo, se hace accesible, cercana. Desvela su identidad: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (Hch 9,5). Con el empleo del «yo soy» (*'egō eimi*) de manera absoluta<sup>2</sup>, quedan evocadas las ocasiones en las que Jesús de esa misma manera se presenta a sus discípulos. En general, son contextos en los cuales los suyos manifiestan miedo: ante la tempestad en el lago, «No teman, soy yo» (Mt 14,27; cf. Mc 6,50; Jn 6,20); una vez resucitado, «¿Por qué se asustan tanto? ¿por qué tantas dudas? Miren mis manos y mis pies, soy yo» (Lc 24,39). En el Antiguo Testamento, la presentación de Dios con el «yo soy» prepara a quien la escucha a una misión particular. Así, después de haberse identificado con el «Yo soy», Dios se dirige a Abraham: «camina en mi presencia

2 Otros episodios del *'egō eimi* de Jesús en los Evangelios: en su Pasión; ante los guardias (cf. Jn 18,5.8); ante el Consejo (cf. Mc 14,62; Lc 22,70). También a la samaritana (cf. Jn 4,26); a los judíos (cf. 8,24.28); a los discípulos en la última cena (cf. 13,9).

y sé honrado» (Gn 17,1); a Isaac: «No temas, que estoy contigo. Te bendeciré y multiplicaré tu descendencia» (26,24); a Jacob: «Ahora levántate, sal de esta tierra y vuelve a tu tierra nativa» (31,13); a Moisés: «anda, que te envío al faraón, para que saques a mi pueblo de Egipto». De esta manera, el desvelamiento que la voz hace de sí misma se transforma para Saulo en la invitación diáfana a asumir un nuevo compromiso. El perseguidor no ha sido castigado, ni eliminado. Es el mismo proceder que Dios había mostrado –volviendo a los relatos de orígenes– en los episodios de Adán y Eva, o de Caín, donde ninguno de ellos, a pesar de sus conocidas transgresiones, es aniquilado. Bien al contrario, Dios, renovando su compromiso con cada uno de ellos, les abre horizontes nuevos. Todo presagia, a la luz de las Escrituras, que la vida de Saulo se prefigura como la de quien asumirá, al igual que las figuras señeras de los patriarcas, o la liberadora de Moisés, una tarea ingente al servicio de otros. De ser así, la previsible tarea de Saulo se vislumbra no exenta de fatigas, fragilidades e incomprensiones (cf. Hch 9,16).

## DINAMIZADO POR LA PALABRA

El conocimiento de Jesús sumerge a Saulo en un dinamismo nuevo. Su estado no puede ser el de una infinita postración. La voz, como en el caso de Adán y Eva, ha salido a su encuentro. Como entonces, el objetivo es lograr que quien escuche recupere su dignidad, que no pretenda vivir ni escondido ni postrado, como en este caso. La voz dinamiza: «Levántate». En el último de los tres relatos que Hechos de los apóstoles presenta sobre lo sucedido a Saulo en su camino a Damasco, él mismo, en primera persona, añade lo que la voz dispone para él: «Levántate, que para esto me he aparecido a ti, para nombrarte servidor y testigo de que me has visto y de lo que te haré ver» (Hch 26,16). ¿Por qué Hechos omite inicialmente el objetivo preciso de lo que la voz pretende de Saulo? Posiblemente Lucas ha querido así evidenciar que Pablo apenas está iniciando su proceso. Le queda mucho por descubrir. Sólo llegando al final de sus días resulta coherente y fidedigno el contar a qué le había llamado Jesús. Al mismo tiempo, es la manera de introducir a Saulo en el útero que lo hará renacer, la comunidad. De hecho, Saulo acaba entendiendo que su persecución hostil a Jesús se estaba dando de manera específica en su modo de maltratar a los hombres y mujeres que seguían el camino de Jesús.

## DESARMADO POR LA PALABRA

Hasta aquí, la dimensión comunitaria tan solo ha quedado expresada en la identificación velada de Jesús con los cristianos perseguidos. ¿Cómo iniciar a Saulo en la comunidad? En primer lugar tiene que asumir su minoridad, mostrando disponibilidad a que sean otros quienes le digan qué hacer (cf. 9,6). Saulo sigue sin ver. Su confusión es grande. En un segundo lugar, tiene que "desarmarse". Sus manos, como lo cuenta Hch, en algún momento dejan de asir las cartas de condena y tal vez hasta las cadenas indispensables para llevar a término sus persecución (cf. vv.2.14). Vaciadas de todo lo que era expresión de odio, desposeídas de anhelos de opresión y muerte, sus manos se abren ahora para sujetar únicamente las manos de otros que lo guiarán (cf.v.8). La voz directa calla entonces para Saulo. Su nuevo camino apenas comienza. Para otros que ya son discípulos está por llegar el momento de desplazar temores y prejuicios. Será la ocasión propicia para renovar y consolidar la obediencia a la Palabra. *«El hombre hace muchos proyectos, pero sólo se realiza el plan del Señor»* (Pr 19,21).

## ENCAMINADO POR LA PALABRA

Siguiendo la narración de Hch 9, una vez que Saulo ha entrado en la ciudad, la atención se desvía a un nuevo personaje. Entra en escena un discípulo. Su condición de seguidor de Jesús se manifiestan en el reconocimiento inmediato y en la disponibilidad que muestra apenas oye su nombre, tan solo pronunciado una vez: *«¡Ananías! Respondió: Aquí me tienes, Señor»* (v.10). Al igual que a Saulo, la voz que ha reconocido le indica una dirección adonde ir, literalmente *«la calle Recta (euthéia)»*. Allí encontrará a Saulo (v.11). Casi contemporáneamente al de Saulo, Ananás inicia también un proceso en el que tendrá que superar sospechas e incertezas. Confiado en la palabra del Señor, emprende su camino, de alguna manera, es un éxodo. Tanto él como Saulo tienen un punto de encuentro que no han elegido. No es el terreno del uno ni del otro, es la calle Recta. Allí convergen sus vidas. Atendiendo al nombre de la calle –la calle recta–, ambos enderezan sus propios caminos, los ajustan al de la Palabra que les ha sido dirigida. Resuenan la palabras del profeta en boca de Juan Bautista: *«Preparen el camino al Señor: enderecen (griego: euthéias, hagan recto) sus senderos»* (Lc 3,4; cf. Is 40,3-5). Una vez reunidos, el modo en que procede Ananías colma y supera las expectativas de Saulo: lo toca –le impone las manos–, lo acoge llamándolo por su nombre, modo

en que reconoce su identidad, sabe quién es, como queriendo darle entender que ha vencido sus miedos, que ha sido capaz de acercarse a él, y no solo eso, sino que Ananás acaba llamándolo hermano. De la audacia para emprender esta decisiva y entrañable secuencia de gestos y palabras Ananías revela la clave que la ha hecho posible: *«Me envía el Señor Jesús, (...) para que recobres la vista y te llenes de Espíritu Santo»* (Hch 9,17). La misión aceptada y llevada a término por este discípulo de Damasco ha sido capaz de desbloquear un sentimiento y ensanchar la vida misma de la comunidad. Únicamente entonces Saulo recobra la vista, se levanta, se bautiza, come y recobra las fuerzas (cf. v.18).

### ¿PUNTO DE LLEGADA?

*«Y se quedó unos días con los discípulos de Damasco»* (v.19). Así concluye el mapa que ha servido de guía a estas líneas en el viaje que Saulo emprendió *«respirando amenazas contra los discípulos del Señor»* (v.1). Paradójicamente, la comunidad que detestaba llega a convertirse para él en un auténtico útero donde renace a la vida, vida que la misma comunidad custodiará día y noche (cf. v.25). No es este un punto final. Es apenas el inicio de quien se ha visto radicalmente transformado, y esto sin dejar de ser lo que era, un perseguidor. De asaltante, la Palabra ha pasado a convertirse en guía y compañera. Además, esta misma Palabra se hace manos tendidas, casa abierta, fe compartida y mesa que fortalece (cf. v.18). Saulo ha cambiado, es verdad, y sin haberlo pretendido, él mismo se convierte en instrumento insospechado de cambio para la comunidad cuando esta logra dejar atrás temores y prejuicios. Aconteció para los discípulos de Damasco y tendrá que acontecer en su momento también para los de Jerusalén, encerrados aún en sus muros (cf. v.26). Del camino a Damasco andado por tantos surgen caminos nuevos de encuentro para todos. El punto de convergencia se descubre en la obediencia confiada a la voz de lo alto, voz que asalta y derriba, que levanta y encamina. Así lo vivieron Saulo y Ananías, en quienes acontece la experiencia de una fraternidad inicialmente impensable. Una fraternidad que no ata, como la pretendida por Marta con María, sino que libera y se hace testimonio, *«anunciando valientemente el nombre de Jesús»* (v. 28).